Aprendiendo a ahorrar

AIOS

El reino que inventó las palabras

Querido amigo, querida amiga:

El cuento que leerás a continuación es sobre la importancia de ahorrar para el futuro. Sí, porque cuando tienes dinero siempre debes tratar de guardar un poco para cuando no tengas o para cuando seas mayor. Esto es lo que hacen tus papás, tus tíos o tus abuelos, guardan parte del dinero que ganan para cuando ya no puedan trabajar.

Cuando tengas la edad de tus abuelos, tal vez ya no seguirás trabajando y querrás descansar, y si has ahorrado mensualmente, podrás recibir una "pensión", que es el dinero que se recibe cuando uno se jubila o pensiona.

Esperamos que disfrutes esta historia y que aprendas la importancia de ahorrar, para no gastar de una sola vez todo el dinero que tienes.

Con afecto,

Carlos Ramírez Fuentes
Presidente de AIOS

AIOS

Asociación Internacional de Organismos de Supervisión de Fondos de Pensiones

Colección de cuentos "Aprendiendo a ahorrar"

Hace muchísimos años, existió el reino de las palabras. La gente de este pueblo se dedicaba a ponerles nombre a todos los seres y las cosas para que, al conversar o contarse historias, se pudieran entender. El rey era un hombre sabio que quería que todos sus súbditos fueran igual de inteligentes. Por eso, organizaba reuniones en donde los habitantes del reino conversaban sobre lo que los rodeaba y sobre su uso para así ponerle un nombre.

—¡Mira ese animal con alas! Yo le pondría... *vaca* —dijo uno.

—No, ya llamamos *vaca* a aquella que nos da la leche —respondió el rey.

Otro propuso llamarlo *bicicleta que vuela*, causando muchas risas entre los asistentes.
—Jajaja, ¡las bicicletas no vuelan!
—Pero, entonces, ¿qué eran las bicicletas? —preguntó confundido.
—Las que tienen dos ruedas: una adelante y otra atrás —explicó el rey.
—Mmm... ¿qué tal... *pájaro*? —propuso el primero—. ¿Hay algo que se llame así?

—No, todavía no —respondió el rey—. Entonces, llamaremos *pájaro* a esa clase de animal que vuela.
Estas reuniones eran una actividad que todos disfrutaban y que hacían casi a diario, después de venir del trabajo o de la escuela.

El trabajo es el empleo que tiene una persona. En algunos países también se le dice *chamba*, por ejemplo, en Costa Rica, México, El Salvador y Perú; en otros, como Argentina y Uruguay, se le dice *laburo* y en otros *pega*, como en Chile.

Un día, una de las habitantes del pueblo regresó de un largo viaje, en el cual había llegado hasta donde la tierra se acaba. Ahí había visto un lugar precioso —les contó—, un nuevo lugar para pasear y descansar.
—Conocí un lugar que es como un muy ancho río.
—¿Un "muy ancho río"? —le preguntaron.
—Sí, muy ancho río.

¿Sabes cuántas palabras tiene el idioma español?

¿De qué país es esta bandera?

—¿Qué tal si tomamos la letra inicial de cada una de esas palabras —propuso alguien— y lo llamamos mar?
—Vamos al muy ancho río... —pensó—. ¡Vamos al mar! ¡Sí, suena bonito! Fue así como llamaron al mar, mar; al marinero, marinero; y a la corriente de agua que golpea la arena a cada instante la llamaron ola.

El rey estaba muy feliz, pues su pueblo colaboraba entusiasmado en el ejercicio de poner nombre a las cosas, y anunció:
—He decidido agrupar todas las palabras que hemos inventado, ordenándolas alfabéticamente en un libro que se llamará diccionario.
Todos recibieron la noticia con alegría y celebraron con grandes aplausos.
A
B
Un día, el rey convocó a sus súbditos y les dijo:
—Ciudadanos del reino de las palabras, los he reunido porque uno de nuestros sabios me ha anunciado que se avecinan tiempos difíciles. Habrá una gran sequía, por eso, les pido que guarden los juegos de palabras y que trabajen en sembrar más, para que podamos conservar alimentos y agua, y así sobrevivir a las épocas de escasez.

La noticia fue recibida con algo de incredulidad:
—Qué raro, yo he visto los campos y están verdes —dijo Antonia.
—Además, hay mucha fruta y los pozos de agua están llenos —respondió Federico.
—Yo creo que el rey se está volviendo loco —murmuró la muchacha.
—Quién sabe —dijo Federico—, pero yo no voy a trabajar más. Tengo lo que necesito y no voy a preocuparme.

Los juglares eran hombres que cantaban, bailaban o recitaban poesías para diversión de los reyes.

La mayor parte del pueblo le hizo caso al rey y trabajó en la agricultura, guardando agua y todo lo necesario por si llegaba la sequía. Pero para aquellos, como Antonia y Federico, que dudaban, el rey ideó un plan: pidió a sus juglares que narraran historias por la noche. Y funcionó, porque quienes tenían dudas escucharon las historias y canciones, reflexionaron y se decidieron a trabajar por el futuro.

Tiempo después, el pronóstico de los sabios se hizo realidad:
—Ha llegado la escasez a nuestro pueblo, sin embargo, estoy muy contento. Hemos colaborado y trabajado duro —dijo el rey—. Mi consejero real les va a dar un informe al respecto.
El consejero se dirigió a la multitud:
—Querido pueblo, nuestro rey, que nos ha invitado a ser cuidadosos con los bienes, ha predicado con el ejemplo. No solo ha practicado el ahorro, sino que ha multiplicado lo ahorrado. Así, decidió enviar los siguientes recursos a otras tierras, donde la escasez no iba a llegar: 15 cerdos, 2 conejos, 25 gallinas y 20 vacas y media (la media vaca era el ternerito de una de ellas, que todavía no había nacido). Y, con los meses, lo que se mandó a estas tierras lejanas, regresó convertido en: ¡55 cerdos, 356 conejos, 40 vacas y 99 pollitos y medio!, (bueno... uno era un huevo).

—Nos preparamos y fuimos precavidos, gracias a ello, lo difícil no ha sido tan difícil —agregó el rey—. Por eso los he reunido, para anunciarles que decidí darle un nombre a esa actitud de ahorrar pensando en el futuro. Se llamará: invertir.
—Pero, su majestad —le dijo su consejero— esa palabra ya existe en el diccionario. Aquí dice que invertir es “poner algo en posición contraria al orden que tenía”.
—Sí —respondió el rey—, pero también existe cerca, que significa “algo próximo o cercano”, y la otra cerca, “que divide una tierra de otra”. Así es que no veo problema en que llamemos invertir a una actitud tan positiva. Además, si invertir es poner las cosas al revés, ¿por qué no llamarla así, si se trata de ahorrar y no gastar cuando más se tiene?

Después, el rey continuó con su anuncio:
—Como les decía, mis queridos ciudadanos, hoy tenemos cosas bonitas y buenas, trabajo y ganancias, pero tal vez mañana no sea igual. Así que los invito a invertir con sabiduría. Los consejeros de mi palacio estarán siempre dispuestos a asesorarlos. Recuerden: las decisiones que tomemos hoy en nuestra vida son esenciales para invertir en nuestro futuro.
Tras estas palabras, el rey se retiró muy feliz. Sin embargo, al subir los escalones, tropezó. El pobre se golpeó tan fuerte la rodilla que, en ese preciso momento, inventó una nueva palabra.
Una que no puedo repetir...

Fin

AIOS
Asociación Internacional de Organismos de Supervisión de Fondos de Pensiones
Colección de cuentos “Aprendiendo a ahorrar”
“El reino que inventó las palabras”
Juan Cuentacuentos Madrigal Rodríguez
Superintendencia de Pensiones (SUPEN), Costa Rica
Copyright © 2015
Inscripción Nº: 257.617

Derechos de edición reservados para todos los países por
© Edición Digital S.A.
Rafael Cañas 237, Providencia
Santiago de Chile
www.ediciondigital.cl

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada, impresa o
utilizada en formato digital, web, video o impreso sin autorización escrita de los editores.
Escríbanos a:
aios@aiosfp.org
editorial@ediciondigital.cl

ISBN edición digital formato ePub: 978-956-9197-53-6

EQUIPO EDITORIAL PROYECTO APRENDIENDO A AHORRAR
Rodrigo Fuentes D. | Paula Díaz R. | Fernando Salinas R. | Gabriela Corral D. | Lucía Zamorano F. | Carolina Triviño M.
ILUSTRACIONES
Roberto Román V. | Israel Brito R. | Alexander Lindhorst M. | Juan Nadal C.

DISEÑO Y PRODUCCIÓN
Edición Digital S.A.

El reino que inventó las palabras

Colección de cuentos “Aprendiendo a ahorrar”

AIOS

Asociación Internacional de Organismos de Supervisión de Fondos de Pensiones